



## **Etnias, culturas e historias: capayanes y olongastas en los textos de Salvador Canals Frau**

### **Ethnicities, cultures, and histories: capayanes and olongastas in the texts of Salvador Canals Frau**

*Roxana Boixadós\**

#### **RESUMEN**

Este trabajo revisa las propuestas interpretativas de Salvador Canals Frau sobre capayanes y olongastas, entidades étnicas “descubiertas” a partir del análisis minucioso de fuentes coloniales tempranas en las décadas de 1940 y 1950. Sus investigaciones buscaron identificar y localizar para el período prehispánico y del contacto hispano indígena estas dos “etnias”, transformadas y diluidas desde el avance de la conquista en las jurisdicciones del sur de la gobernación del Tucumán. La evaluación crítica de la producción de Canals Frau en torno a estas problemáticas permite analizar su metodología de trabajo y las implicaciones de la teoría hegemónica en su tiempo y, a la vez, recuperar sus aportes en el contexto de producción en una etapa fundacional de la antropología argentina.

**Palabras clave:** capayanes, olongastas, culturas, historias, Salvador Canals Frau.

#### **ABSTRACT**

This paper reviews Salvador Canals Frau's interpretative proposals of the Capayan and Olongasta ethnicities, which he “discovered” in the 1940s and 1950s through detailed analysis of early colonial sources. His investigations sought to identify and locate these two “ethnicities” in the pre-Hispanic and Hispanic-Indigenous contact periods. They were transformed and diluted beginning with the advance of the conquest in the southern jurisdictions of the territory of Tucumán. A critical evaluation of the work of Canals Frau on these problems allows us to analyze his working methodology and evaluate the implications of the hegemonic theory of the time, while also recovering his contributions during a foundational stage of Argentine anthropology.

**Keywords:** capayanes, olongastas, cultures, histories, Salvador Canals Frau.

Recibido: 15/03/2020

Aceptado: 27/05/2020

---

\* Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Argentina. [roxboixados@gmail.com](mailto:roxboixados@gmail.com)

## INTRODUCCIÓN

En 1955, Salvador Canals Frau era nombrado profesor de Antropología, director del Instituto de Ciencias Antropológicas y del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y asumía al mismo tiempo la dirección de la Revista Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Veinticinco años después de haber llegado al país, este español del origen mallorquí -que en su juventud tomara cursos formativos de antropología en Alemania- se consagraba al alcanzar puestos académicos de prestigio tras haber desarrollado una intensa carrera en la Universidad Nacional de Cuyo y en el Instituto Étnico Nacional, organismo estatal que presidió entre 1947 y 1951. A comienzos de 1958 Canals Frau fallecía en Buenos Aires mientras sus colegas del Instituto y el Museo Etnográfico consensuaban la propuesta de creación de la carrera de Ciencias Antropológicas, aprobada en 1959, de la que saldrían los primeros antropólogos profesionales recibidos en el país. Concluía entonces una etapa en la formación de la antropología argentina a la que Canals Frau había contribuido con el aporte de una consistente producción entre la que se cuentan más de cincuenta artículos, notas de difusión, reseñas de obras, además de varios libros referidos a las poblaciones nativas del territorio argentino antes de la llegada de los españoles (Lafón, 1959).

En los últimos 20 años, las investigaciones sobre la historia de la antropología argentina -sus tradiciones y prácticas, producción teórica, autores e instituciones-, prestaron mayor atención al período en que actuó Canals Frau, en el que participaron referentes de distintos campos -arqueólogos, geógrafos, historiadores- y nacionalidades -argentinos, alemanes, italianos, españoles, entre otros-, como al contexto político nacional. Varios trabajos señalaron la complejidad de las décadas de 1940 y 1950, tiempos en los que los recorridos académicos discurrían tras las redes de vínculos discipulares y personales, las afinidades teóricas y las filiaciones políticas mientras la antropología disputaba sus propias incumbencias (Guber, 2006; Guber y Rodríguez, 2011; Perazzi, 2003, 2014; Soprano, 2009). En el derrotero de Canals Frau se advierten ajustes a los cambios políticos producidos en el país: cesado en su cargo de la Universidad Nacional de Cuyo en 1946 -por problemas internos que luego fueron asumidos como resonancias locales de políticas a nivel nacional-, fue nombrado por la misma gestión peronista como subdirector del Instituto Étnico Nacional en 1947, para ser luego integrado a la Universidad de Buenos Aires en 1955 por nombramiento de Alberto Mario Salas, interventor designado por el entonces rector José Luis Romero, bajo gobierno de facto (González, 2013; Lazzari, 2002, 2004; Perazzi, 2014). Como en el caso de otros autores de esta etapa, la suya fue una trayectoria

con continuidad a pesar de los traslados y reubicaciones<sup>1</sup>. En ella, en las directrices y confrontaciones que la fueron modelando tanto como en la valoración de sus resultados, incidieron los alcances de una antropología historicista desde la que encaró sus investigaciones y que dominaba por entonces la disciplina en vías de formalización en el país.

Como fue mencionado, Canals Frau había tomado cursos de antropología en Alemania, en la Universidad de Frankfurt en los años previos a su migración a la Argentina. Estos datos nos permiten configurar su perfil: más profesional que amateur -como los precursores de la disciplina-, instruido bajo la aún dominante escuela difusionista alemana o Escuela de Viena, fuertemente marcada por preocupaciones históricas (Barth *et al.*, 2012). La impronta de esta corriente teórica lo acompañaría -de diversas maneras- a lo largo de toda su trayectoria de investigación por lo que no resulta extraño que Canals Frau se interesara por la historia de los pueblos indígenas y buscara adoptar una metodología de investigación que le permitiera dar cuenta de ella. Buscando hacerse un lugar en la naciente academia argentina, Canals Frau tradujo la obra paradigmática de Fritz Graebner, *Metodología Etnológica* (editado en 1933 por la Universidad Nacional de La Plata en una colección dirigida por Ricardo Levene), en cuyo prólogo Fernando Márquez Miranda recomendaba incorporar al análisis de las culturas originarias de América las crónicas y relaciones producidas a partir de la conquista española (González, 2013; Soprano, 2014).

Este contexto impulsó a Canals Frau a revisar las obras clásicas de la historiografía colonial y sobre todo aquellas en las que se publicaban fuentes con el fin de reconstruir el pasado de algunos pueblos originarios de nuestro país, inscribiéndose de lleno en una corriente historicista que venía siendo desarrollada por Francisco de Aparicio (Cáceres Freyre, 1958-59) y en la que también participaron José Imbelloni y Fernando Márquez Miranda. Compartieron a grandes rasgos un proyecto que buscaba dar cuenta de la “trastienda de la conformación nacional” ocupándose del sustrato indígena anterior a la llegada de los españoles (Guber, 2006: 17), poco o nada conocido hasta entonces. Mientras se desempeñaba como docente universitario, Canals Frau tuvo acceso fluido a las bibliotecas y archivos históricos locales (Mendoza y Buenos Aires); fue este el comienzo de una fértil producción sobre los pueblos pampeanos, patagónicos, del litoral y las sierras centrales, y particularmente sobre los “huarpes”, originarios habitantes de la región cuyana considerados extintos a lo largo del período colonial. Las fuentes de archivo le aportaron insumos para reconstruir la historia desde el período de contacto hispano indígena, precisar localizaciones de pueblos a través de la toponimia, identificar lenguas nativas y reconocer diversos traslados de población durante la colonia temprana, antesala de la desaparición de la etnia en los siglos

siguientes<sup>2</sup>. Por otro lado, estas investigaciones se complementaron con campañas arqueológicas a través de las cuales Canals Frau avanzó en el reconocimiento del área de difusión de la cultura huárpida, ajustando su alcance a la dispersión de la población y de las lenguas que hablaban en los lejanos tiempos en que los españoles -sacerdotes y conquistadores- las documentaron<sup>3</sup>.

La inicial experiencia de trabajo sobre los “huarpes” le permitió a Canals Frau articular su formación teórica con un método de trabajo histórico cultural en pos de dar cuenta de los primeros estudios sistemáticos sobre poblaciones “indígenas” originarias consideradas “desaparecidas” después de la conquista. Sus investigaciones apuntaron a recuperar un acervo cultural muy rico y variado que podía ser clasificado en áreas, inscripto en localizaciones geográficas, ordenado según los rasgos de la producción material y diferenciado según los idiomas que cada pueblo hablaba. El enfoque histórico dejó advertir contactos entre poblaciones y orientó el bosquejo de procesos dinámicos que desde la conquista las integraron bajo nuevas condiciones y parámetros de la cultura dominante y las fundieron en ella. Para referirse a las poblaciones indígenas en particular, Canals Frau empleó la noción de “etnia” con escaso contenido teórico pero con un significante muy concreto, esto es, como sinónimo de “pueblo”, colectivo portador de una identidad distintiva. Así, la búsqueda y reconstrucción histórica de las etnias prosiguió con la meta de rescatar del olvido a los pueblos originarios al momento de la conquista. El proyecto fue cristalizando a lo largo de los años, sin ser excluyente de otros encarados de manera paralela por el autor a través de un nutrido conjunto de artículos académicos y de obras de síntesis publicadas hacia el final de su carrera<sup>4</sup>.

En este trabajo nos proponemos revisar más de cerca los contextos que llevaron a Canals Frau a proponer la existencia de dos etnias en la zona sur de la antigua gobernación del Tucumán: capayanes y olongastas, pueblos localizados en el oeste y el sur de la actual provincia de La Rioja, respectivamente. Dar cuenta de los procedimientos teóricos y empíricos empleados para la elaboración de sus argumentos nos permitirá comprender cómo nuestro autor afrontó las tensiones entre teoría, método histórico y análisis de las fuentes recuperadas de contextos muy diversos. Avanzaremos examinando un conjunto acotado de artículos en diálogo con el resto de su producción sobre problemáticas afines, aportes a una etnología histórica que esperaba desarrollar pero que cedió espacio al historicismo difusionista. Las limitaciones de esta perspectiva permiten entender que su obra no entrara en diálogo con la etnohistoria surgida en los ochenta del siglo pasado, a pesar de lo cual es posible recuperar algunas de sus ideas e interrogarlas a partir de nuevos enfoques.

## CAPAYANES Y OLONGASTAS, LAS ETNIAS “DESCUBIERTAS”

En 1940, y al frente del Instituto de Etnografía Americana de la Universidad de Cuyo, Canals Frau editó el primer tomo de Anales, revista que rápidamente logró prestigio en el medio académico. El número contó con la participación de varios especialistas (Vignati, Márquez Miranda, Ardissonne, Imbelloni, Salas, Métraux, de Aparicio), incluso del propio Canals Frau con tres textos, entre ellos La distribución geográfica de los aborígenes del Noroeste argentino en el siglo XVI, con el que se proponía dar continuidad a una temática abordada por Eric Boman a principios del siglo XX. Su experiencia de trabajo y su perspectiva “moderna” y científica se advierten en el planteo del modelo teórico y en la descripción de los procedimientos metodológicos, recursos que reiterará en varias decenas de artículos publicados a posteriori. Así, teoría y método encuadraban el problema de investigación y configuraban los sólidos pilares de validación de argumentos y datos en ellos contenidos, lo que marcaba una clara distancia con la producción de sus antecesores.

En sus primeras páginas afirmaba la importancia de reconocer las relaciones entre medio ambiente, tipo racial y tipos culturales asumidas como paralelismos reconocibles en todos los continentes. Mientras que en América estas grandes regiones -llanuras, mesetas, selvas tropicales y sierras- se asociaban a tipos raciales -pámpido y paleoamericano, amazónico y ándido-, bases a la vez de la diversidad organizada en cuatro grandes etnias o pueblos, para el Noroeste argentino postulaba cinco “agrupaciones étnicas” que habían habitado la región en la víspera de la conquista, considerada por el autor como el “momento histórico de su evolución” (Canals Frau, 1940 a: 218). La referencia central es la representación cartográfica de Boman (carta étnica), incluida en su reconocida obra *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d’Atacama* (1908, citado en Canals Frau, 1940 a), a la que Canals Frau contrapuso otra que corrige y precisa la identificación de las etnias y sus ubicaciones. A continuación describía procedimientos y recursos empleados para la identificación. En primer lugar, la “documentación histórica”, particularmente aquella donde quedaron registros de las lenguas que hablaban las poblaciones indígenas y que permiten establecer los límites de su dispersión o influencia. Afirmaba Canals Frau que “el idioma es ya de por sí determinante (...) se puede decir que los pueblos primitivos se extienden tanto como se extiende su idioma...” (Canals Frau, 1940 a: 219). Le seguía el registro de la toponimia, lo que reforzaba la importancia de las lenguas como marcadores del paisaje habitado históricamente por un grupo étnico ya inexistente. Por último, los restos osteológicos y elementos de la cultura material que terminan por establecer el territorio ocupado por una etnia o pueblo. Advertimos que el

recorrido propuesto por el autor comienza por la exploración de la documentación escrita y cierra con la confirmación que la arqueología o la antropología física (estudios raciales) aportaban a la identificación. Y en efecto, en este texto se incorpora información histórica glosada y comentada de fuentes tempranas éditas, crónicas y obras de autores jesuitas<sup>5</sup>.

Las cinco “entidades étnicas” del noroeste argentino eran atacamas, omahuacas y diaguitas, pueblos del altiplano, de la gran quebrada longitudinal que articulaba con la región valliserrana y las laderas montañosas del corazón de la región (con grandes analogías con las culturas andinas de las que recibieron influencias); tonocotés y sanavirones, de filiación amazónica y pobladores de las llanuras tucumanas y las tierras bajas pampeanas; y finalmente los lules, controversial grupo al que consideró “foráneo” y cuyos avances sobre la frontera noreste de la región habría ocasionado desplazamientos de tonocotés y sanavirones hacia el sur. En el armado de su mapa étnico y de sus áreas de alcance Canals Frau fue confirmando las propuestas de Boman o discutiendo algunas de ellas, como el “límite” sur de la etnia diaguita. Para Canals Frau “no hay documento de Cuyo ni de Tucumán que pruebe que se hablaba cacán [lengua diaguita] en San Juan o Mendoza” (Canals Frau, 1940 a: 226). Esta región correspondía al grupo huarpe y por el uso de la lengua y según las “pruebas etnológicas” aludidas por él, se diferenciaba del diaguita. Veremos cómo, avanzando en sus investigaciones, el autor irá modificando esta afirmación.

Entre 1941 y 1946, Canals Frau concentró parte de sus investigaciones en la etnia huarpe, uno de sus grandes temas, sobre el que publicó nueve artículos de extensión diversa<sup>6</sup>. También dispuso esfuerzos a otros “estudios de caso”, su vasta producción recorre las etnias diaguita, querandí, araucana, comechingona, e incluye la problemática lule, debatida en décadas anteriores por dos autores consagrados -Samuel A. Lafone Quevedo y el P. Cabrera-, a la que buscó aportar certidumbre basada no solo en una perspectiva teórica consolidada sino en el análisis renovado de las fuentes escritas (Canals Frau, 1940 b). Se trataba de etnias o pueblos conocidos y sobre los que ya había varias publicaciones; en cambio, poco o nada se sabía sobre capayanes y alongastas, sus grandes “descubrimientos”.

Sobre los capayanes se ocupó en artículos específicos (publicados entre 1944 y 1956) y de manera colateral en otros dos relacionados con la expedición de Diego de Rojas. Los capayanes constituían un verdadero desafío debido a la importante dispersión del topónimo capayán en el valle del oeste riojano, en dos o tres sitios del valle de Famatina y otros dos en la provincia de Catamarca; también estaba asociado a “Canpaya” como nombre de cacique. Pero además, a Capayán había llegado Diego de Rojas en la primera entrada al territorio argentino (1543-1546) y no poca tinta habían empleado los especialistas en la identificación precisa

del lugar<sup>7</sup>. La cuestión no era menor ya que se buscaba esclarecer el derrotero seguido por los españoles y reconstruir escenarios y habitantes del primer contacto hispano indígena. Canals Frau intervino con la recopilación y el análisis de fuentes tempranas pero también se propuso dar cuenta de la etnia con tal nombre, primer paso para establecer relaciones con un territorio definido.

Ya en el primer texto, *Los indios capayanes* (1944), ubicó un espacio geográfico con el nombre Valle de los capayanes en el acta de fundación de la ciudad de La Rioja (1591) en el oeste de la jurisdicción fronteriza con Chile<sup>8</sup> y luego, recurriendo a la carta de Gaspar Doncel de 1607, recuperó el gentilicio capayanes aplicado a los habitantes del lugar y reconoció nombres de pueblos situados en ese valle integrados desde esa fecha a la jurisdicción de la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera<sup>9</sup>. El análisis de estas fuentes tempranas lo llevó a plantear la extensión de un área capayán al norte de San Juan, al llamado valle de Calian, en la zona hoy conocida como departamento Calingasta, unidad mayor de la que eran parte los calianos (Canals Frau, 1944 b: 9). Delimitada el área geográfica y reconocidos algunos topónimos, seguía la identificación de la lengua propia, dato que en realidad ya había sido aportado por el Padre Cabrera. Este autor publicó -por primera vez en 1917- un pleito de fines del siglo XVII entre encomenderos en el que las autoridades coloniales habían recurrido a dos intérpretes para interrogar a los testigos indígenas ya que algunos no hablaban la lengua kakana o diaguita sino una diferente, nombrada “capayana” (Cabrera, 1930). Además, en la obra del Padre Valdivia, transcripta y publicada por Márquez Miranda en 1943, se registraron referencias a la lengua capayana, diferente de la allentiac y la millcayac que hablaban las etnias huarpe (Márquez Miranda, 1943). De este modo, el reconocimiento de un idioma específico para los capayanes fue precondition y a la vez consagración de su identificación.

En las páginas siguientes Canals Frau reforzó las especificidades del área capayán y de los capayanes con información arqueológica. En los aportes de Palavecino sobre la cultura Angualasto (llamada Sanagasta por A. Serrano) Canals Frau encontró apoyo para sostener que los capayanes eran productores de un tipo de cerámica característica, aunque aclaraba que la asociación merecía confirmación. Finalmente, cerraba su trabajo asentando su posición respecto del Capayán al que había llegado Diego de Rojas, una controversia que probablemente fuera el disparador de su interés por el tema: después de discutir opciones interpretativas de otros autores, afirmaba que el “Capayán de Cieza y de Lozano, estaba ubicado algo al sudoeste de la actual ciudad de La Rioja”, en la “periferia” del “área de dispersión capayana” (Canals Frau, 1944 b: 18-19). En suma, en este texto fundacional encontramos planteadas todas las ideas que en los sucesivos artículos Canals Frau irá reforzando y completando. La principal era que “existió

en nuestro Noroeste una nueva agrupación étnica indígena no tenida en cuenta hasta ahora, que los españoles dieron en llamar Capayanes” (1944 b: 20, destacado nuestro), descubrimiento que apoyaba con la publicación en un apéndice de la Onomástica y Toponimia capayana, lista elaborada con los nombres “que constan documentalmente como capayanes o caliano” y otros que consideró como tales después de justificarlos.

En su artículo de 1945, Una encomienda de indios capayanes, Canals Frau daba a conocer información clave procedente del Archivo Histórico de Chile: dos cédulas de encomiendas otorgadas desde la ciudad de Santiago de Chile y de San Juan que comprendían población nativa del llamado Valle de Capayán, de nuestro lado de la cordillera, en años tan tempranos como 1588 y 1591. Estas fuentes revelan el avance español desde Chile y Cuyo en jurisdicción posteriormente riojana y un conocimiento inicial de territorios y pueblos a los que se identifica a partir de nombres de caciques y topónimos, la mayoría de los cuales “a la lengua se les ve su calidad de capayanes” (Canals Frau, 1945 a: 21). El trabajo entero está destinado a interpretar estos datos que con no poca dificultad en algunos casos el autor irá integrando en una argumentación coherente que refuerza la existencia del área capayán en los actuales valles de Vinchina y Guandacol, en el oeste riojano, y se extiende hacia el norte de San Juan (valle de Angacau, Jáchal) pero con alcances orientales imprecisos.

Dos cuestiones son importantes en este trabajo: por un lado, el análisis documental de Canals Frau resulta un ejercicio de interpretación que combina dudas con certezas construidas a partir comparaciones, analogías e inferencias, y las integra progresivamente a una argumentación coherente; por otro, ese procedimiento le permite no solo aseverar la existencia de un área capayán sino también establecer sus límites con el área huarpe. Confirma así las distancias entre los diaguitas de habla kakana y los huarpes de lengua allentiac, al situar entre ambas áreas la capayana, donde posiblemente se hablaban otras lenguas<sup>10</sup>, y todo ello basado en el análisis de fuentes. Mientras el recurso a la arqueología pierde espacio en la elaboración del autor -porque seguramente no habría novedades-, suma más referencias históricas: la lectura de la gran obra de Dardo de la Vega Díaz, *Toponimia riojana* (1994 [1944]), que contiene numerosas glosas de fuentes históricas, le aporta información sobre los capayanes en tiempos coloniales. Recupera la “costumbre” documentada de los encomenderos de trasladar a los indígenas a sus propiedades que, así como las desnaturalizaciones posteriores al gran alzamiento diaguita (1630-1643), explican la replicación de topónimos “Capayán” en el valle de Famatina y en Catamarca, lo que anticipa la desaparición de la etnia como entidad “independiente” y el vaciamiento de los valles que originalmente ocupaban.

En el artículo publicado en 1950, *Una visita al antiguo valle de los Capayanes*, nos presenta un relato cronológico de la historia de los capayanes, incorporando toda la información conocida sobre la etnia en la época colonial. Los hitos más importantes son la entrada de Rojas, el reconocimiento realizado por Villagra desde Chile, la fundación de La Rioja y las entradas que desde allí se hicieron al valle, la carta de Gaspar Doncel, a la que suma nuevas referencias producidas por los sacerdotes que recorrieron la región. Continúa con los efectos de la rebelión diaguita -las desnaturalizaciones- y el despoblamiento de los valles de Vinchina y Guandacol, y da cuenta -retomando información de la *Toponimia Riojana*- del proceso de repoblamiento que tuvo lugar en el siglo XVIII. Cita el informe del padre Casales de 1782 para confirmar lo antedicho en otros textos: que en los valles de Vinchina y Guandacol no quedaban en pie pueblos de indios sino poblaciones de mulatos y mestizos, con escaso número de indios o españoles (blancos). La “visita” a la que alude en el título del artículo no es otra que su propia recorrida por el valle de Vinchina (al que llama “corazón del área capayana”), realizada en el verano de 1950-51 para hablar con los vecinos, reconocer las antiguas construcciones y los restos arqueológicos. La dispersión de material cerámico en superficie llama mucho su atención, y anota que su estilo “debemos considerarlo propio de los capayanes históricos” (Canals Frau, 1950 a: 24).

Al año siguiente publicó *Dispersión y cultura de los capayanes* (1951), artículo en el que recapitula nuevamente la información histórica ya conocida para elaborar un mapa que representa el área capayán “estricta” -el valle de Vinchina, Guandacol y Jagüé, hasta Tinogasta por el norte- y una zona de “máxima dispersión” que comprende el valle de Famatina, la región de la sierra del Velasco -es decir, los “pueblos de la costa”- y parte de los llanos catamarqueños, cuyo límite sudoeste es un espacio impreciso al sur de Patquía, en los Llanos riojanos. La delimitación de una enorme área como parte de un conjunto mayor responde a la necesidad de integrar información histórica muy diversa -toponimia y onomástica, adscripciones y autoadscripciones atribuidas por el autor a la lengua capayana- procedente de diferentes contextos de producción. Destaca la existencia de “migraciones libres” anteriores a la conquista o del período de contacto, y de “migraciones forzadas” durante el siglo XVI, traslados efectuados por los encomenderos o desnaturalizaciones ordenadas por las autoridades coloniales, que habrían llevado a pequeños grupos capayanes a lugares tan distantes como la jurisdicción de Tucumán. Así, la información histórica se lee en una doble clave: por un lado, un ordenamiento cronológico que sitúa los datos más antiguos en el “núcleo central capayán” y los más recientes dentro de un “área de máxima dispersión”, mientras que por otro, atribuye la homogeneidad étnica al primero -

“poblado compactamente por capayanes”- y la coexistencia de diaguitas y capayanes en la segunda. A esta interpretación el autor suma la procedente de varios estudios arqueológicos (de Debenedetti, Hossens, Boman y Casanova, y más recientes de Serrano, Palavecino y Bennett) que discutieron las características y extensión de la cultura Angualasto, cuyo indicador más destacado es un tipo particular de cerámica roja con decoración geométrica feliniforme. Mientras esta aparece de manera más abundante y predominante en el núcleo central (los valles del oeste), se encuentra dispersa por varios sitios y zonas comprendidos en el área de dispersión mayor. Y con esto Canals Frau no duda en concluir: “lo cual solo puede significar una cosa: que la cerámica de Angualasto era la de los capayanes” (Canals Frau, 1951: 32-33).

Finalmente, Canals Frau publicó en 1956 el último artículo referido a tema, El pueblo de Capayán y los indios capayanes, en la revista *Runa*, entonces bajo su dirección. Se trata de un trabajo de recapitulación que no ofrece nueva información ni cambia el rumbo de sus interpretaciones pero que propone una respuesta concreta a aquel interrogante con el que iniciara su primer trabajo: la ubicación del pueblo de Capayán al que llegó la expedición de Diego de Rojas. A lo largo del artículo recorre obras históricas que contienen información sobre Capayán, desde los primeros cronistas (Cieza y Herrera, también Pedro Lozano) que relataron la famosa entrada, problematizando los datos contenidos en fuentes coloniales posteriores antes no citadas del Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba.

El procedimiento metodológico se concentra exclusivamente en el análisis histórico y deja de lado la arqueología; examina y descarta dos de las opciones propuestas sobre la localización del Capayán de Rojas. La primera es la que coincide con una estancia del mismo nombre situada en Catamarca propuesta por Lozano (1874) y retomada por Lafone Quevedo y Cabrera. La segunda es la relacionada con los valles del oeste riojano, corazón del área capayán, del que habrían sido desnaturalizados en grupos y asentados en el valle de Famatina en tiempos coloniales. La tercera opción se deduce del análisis de las cédulas de encomiendas del valle Vicioso, que se remontan a la fundación de la ciudad de La Rioja y a las que tuvo acceso a través de una fuente del Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba. Si bien estos datos ya habían sido tenidos en cuenta por el autor en el texto anterior (1951) -y se encuentran comentados en ese mismo orden en la Toponimia Riojana (1994 [1944])- en este caso la información es analizada con más detenimiento<sup>11</sup>; se trata de menciones muy tempranas del pueblo de “Capayán y su parcialidad de Tinogasta”, y es esta última una referencia precisa, asumida como posible límite del área de difusión por el norte. Y aunque Canals Frau admite no tener certeza sobre ello, afirma que el pueblo donde llegó Rojas debió ubicarse en “alguna parte entre los actuales pueblos de Chañarmuyo y

Copacabana, más cerca del segundo que del primero”, próximo al camino incaico que la hueste española venía recorriendo. Con esta propuesta interpretativa -que corregía la presentada en 1944- Canals Frau cerraba sus contribuciones sobre el “problema capayán”.

Mientras que el capayán y los capayanes fueron tema de varios artículos, sobre los olongasta solo publicó un texto en el que volcó la información pacientemente recopilada durante varios años. La existencia de los olongasta como etnia que habitaba en Los Llanos riojanos está afirmada en su trabajo El grupo Huarpe-comechingón (1944 a), que los ubica en el mapa de la distribución de las lenguas de este gran grupo en un espacio circunscripto entre los hablantes de allentiac (oeste) y henias (este), y al sur de los kakanos (Canals Frau, 1944 a: 10). Señala aquí que la región llanista parece no estar comprendida en el área lingüística kakana (diaguita) mientras menciona algunas referencias tomadas de fuentes cordobesas y cuyanas que mencionan la lengua olongasta, hablada por los nativos que poblaban aquella región alejada. Se trata de referencias indirectas, a las que agregaba algunos topónimos (terminados en *san*, asumida como marcador de la lengua olongasta), cuya prudente evaluación lo llevaron a sostener que “si bien la existencia de esta entidad étnica no puede ofrecer dudas, su inclusión en el grupo huarpe-comechingón es solo a título de hipótesis de trabajo” (Canals Frau, 1944 a: 46).

Sin embargo, habrían de pasar cuatro años para que retomara el asunto en La antigua población de Los Llanos (1950 b), en donde profundiza en los contextos de producción de la información disponible, alguna ya comentada anteriormente y otra novedosa. Ahora se preocupa por mostrar las características singulares de la fisonomía geográfica de la región configurada por dos cadenas montañosas de baja altura, de disposición longitudinal y paralelas en la mayoría de sus tramos, rodeadas de amplios desiertos salitrosos conocidos como “travesías”, verdaderas barreras aislantes. Los primeros españoles bordearon sus contornos sin entrar de lleno en ella, de paso por sus recorridos desde las ciudades de Mendoza y San Juan hacia el corazón del Tucumán, y desde Santiago del Estero, Tucumán y Córdoba hacia Cuyo. Un clima semidesértico, con escasas precipitaciones y cursos de agua permanente limitaba el interés de los conquistadores, más atraídos por tierras ricas y pobladas. Estos condicionamientos explican en buena medida la escasez de fuentes históricas que refieren a la región y su carácter indirecto; la población había sido encomendada desde San Juan, San Luis y Córdoba, parte de ella desnaturalizada para servir en tierras de particulares en estas jurisdicciones antes de la fundación de La Rioja.

En la lectura de estos datos dispersos, Canals Frau sigue el rastro de aquellos que refieren a la lengua hulungasta (olongasta); da enorme importancia a

la referencia del Padre Valdivia de 1607, a quien reconoce como “buen conocedor de las lenguas indígenas de nuestras regiones” (Canals Frau, 1950 b: 70) y por tanto una autoridad en la que puede parapetarse para afirmar que en Cuyo se hablaba una lengua llamada “hulungasta”, la que al no ser de las “más generales” de la región” (el allentiac y el millcayac) podría ser ubicada en sus confines. Una fuente mendocina de 1618 da cuenta del reparto de encomiendas de dos parcialidades a las que “se los da como olongastas” (sin referencia de localización de archivo) mientras que otra (del Archivo Judicial de Mendoza) le permite identificar a otras dos personas hablantes de esta lengua y por tanto como olongastas.

Cabe aclarar que la primera mención de olongasta está asociada a un territorio de localización indefinida; Canals Frau atribuye como probable “introducción” del nombre a Francisco de Villagra, quien atravesó la región en 1551 de este a oeste cuando llevaba refuerzos desde el Perú y Tucumán hacia Chile. En 1561, y ya como gobernador de Chile, nombró a Juan Jufre teniente de gobernador en Cuyo, donde “Cariagasta y Nolongasta” eran partes sujetas a su jurisdicción. Otras fuentes cordobesas que mencionan las encomiendas otorgadas desde esta ciudad sobre grupos situados en la región llanista, connotan igualmente el sentido geográfico del término más que el lingüístico. Y esto es así por las mismas razones que aduce el autor: “durante mucho tiempo aquel territorio fue coto de caza de indios abierto a todos los pobladores de las ciudades vecinas” (Canals Frau, 1950 b: 73), configurando la primera imagen de una región devastada y aislada, situada en los confines de sus jurisdicciones. Hasta aquellos parajes, nombrados en 1626 como “hacia los Olongastas”, los jesuitas de Cuyo evaluaron realizar entradas con el fin de evangelizar a la población; de ésta y de “los Pampas”, se decía que estaban habitadas por “muchas naciones” (Canals Frau, 1950 b: 74). Pero fueron las expediciones llevadas a cabo por los vecinos en busca de mano de obra (llamadas malocas) las que provocaron “la pronta desaparición, como entidad independiente, de los indios Olongastas” (Canals Frau, 1950 b: 74).

Canals Frau, como en los otros estudios de caso, prestó atención a la toponimia llanista buscando identificar aquella que con más claridad connotara la filiación con la lengua olongasta. Volvió a afirmar las ya mencionadas en el artículo anterior: las terminaciones en *san* (como Pulucsán, Malanzán, Alcasan, etc.) a las que suma *pe* (Chepe, Olpes, Ulapes) y *guit* o *gut* (Silgut, Alongut, Calmagut, etc.), para continuar estableciendo relaciones que el mismo autor sitúa en el “terreno de las suposiciones” con el solo fin de otorgar mayor visibilidad al colectivo olongasta. La onomástica apoya la singularidad de la etnia y la lengua a través de datos circunscriptos a una fuente –que no cita– donde el rango cacical se reconoce en la terminación *noná*, al igual que entre los comechingones de lengua

henia y los huarpes puntanos a quienes se los designa como charava y unta, respectivamente. Esta analogía le permite reconocer que los tres grupos compartían el mismo rasgo: el nombre del cacique se formaba “agregando una terminación equivalente a “cacique” al nombre del poblado”, en sus respectivas lenguas.

Finalmente, los datos que aporta la arqueología son escasos si bien nuestro autor toma en cuenta algunos elementos para afianzar las relaciones ya planteadas entre olongastas, comechingones y huarpes: los estilos cerámicos y la ausencia de urnas funerarias, pucarás y andenes de cultivo los acercan a éstos y los distancian de sus vecinos de lengua kakana o capayana. Cierra su trabajo afirmando “creemos que con lo dicho ha de ser suficiente para que ya nadie dude de la existencia de un pueblo independiente conocido por Olongasta, cuyo hábitat estaba en la región de los Llanos riojanos” (Canals Frau, 1950 b: 81). Y en efecto, su profunda convicción parece haber tenido un gran alcance; la identificación entre los olongastas y Los Llanos quedaría consagrada.

## UNA PROPUESTA DE REVISIÓN

Los textos que examinamos en este trabajo fueron producidos desde marcos teóricos e interrogantes de los que nos separan más de 70 años, por lo que cabe preguntar qué aspectos de las investigaciones de Canals Frau podemos recuperar o volver a analizar desde otra perspectiva. Particularmente sus trabajos de la década de 1940 revelan un constante interés por el análisis histórico que se evidencia en las citas de obras clásicas -crónicas, fuentes e historiografía ya mencionadas- tanto como en la búsqueda de expedientes novedosos con los que renovar o discutir los relatos acreditados sobre el pasado hispano indígena. De su particular atracción por la documentación colonial temprana dan cuenta sus artículos de 1937 (Etnología histórica de la provincia de Mendoza), 1943 (Algunos datos documentales sobre la primitiva San Luis), 1945 (Un interesante pleito entre encomenderos mendocinos del siglo XVI) y 1946 (Los huarpes y sus doctrinas. Un documento), ejemplos de análisis minuciosos de información e informantes que se expresaban en contextos coloniales que el autor va reconociendo y ponderando en su registro. Estos textos se completan además con la transcripción de la documentación analizada, como resguardo de confirmación de sus interpretaciones al mismo tiempo que habilita otras lecturas. Sin embargo, la relación de Canals Frau con la historia no lo llevó a desarrollar un trabajo de investigación en archivos; al igual que otros contemporáneos, confió en la incuestionable autoridad de ciertas obras (Lozano, Cieza de León, Valdivia, entre otros) y se aplicó a reponer aquellos tramos menos conocidos o ignorados a través de reconstrucciones que se basaban en documentación inédita. De manera más o menos declarada fue

este el cometido de nuestro autor; sus trabajos sobre huarpes, comechingones, capayanes y onlongastas buscaron completar un escenario de conocimientos, recuperando las piezas faltantes -como en un rompecabezas- de un mapa étnico en el que se proponía cubrir todos los espacios vacíos. En algunos tramos de sus textos sobre capayanes y onlongastas esto es explícito, ya que se trataba de dos de las piezas novedosas, descubiertas a propósito de establecer los límites del área kakana y de los huarpe-comechingones. Los mapas aportados por el autor perfilan la distribución espacial de las lenguas y los pueblos que las hablaban y evocan correspondencias con áreas culturales (Figura 1).

Sobre esa totalidad reconstituida, sobre ese escenario histórico cultural diverso -asidas sus partes a rasgos culturales, raciales y lingüísticos reconocibles- avanzaron conquistadores y colonos, generando aquellas fuentes que bien analizadas dejaban a nuestro autor entrever las especificidades y rasgos en común de las etnias locales, antes de ingresar en un largo e inexorable proceso de transformación, mestizaje o “desaparición como entidades independientes” (Canals Frau, 1950 b: 74). Así, el panorama histórico -como marco cronológico no problemático- prepara el escenario en el que la perspectiva teórica difusionista situará las áreas culturales asociadas de manera contigua en un ordenamiento posteriormente disturbado y desdibujado hasta su difuminación por la llegada de los españoles.

Capayanes y onlongastas representan verdaderos desafíos de adaptación al modelo de área cultural, en primer lugar porque Canals Frau debió prefigurarlos como entidades étnicas cultural y lingüísticamente diferenciadas en contextos que podían ser de coexistencia, como había reconocido previamente. La lengua es para el autor el diacrítico a partir del cual se ordenan los demás rasgos para definir una etnia y su área de dispersión, por eso el énfasis en demostrar que efectivamente el capayán o el onlongasta eran lenguas habladas por colectivos étnicos. El gran problema es que los registros documentales sobre esas lenguas aparecen siempre en contextos donde lo que llama la atención es el proceso de traducción aunque lo que se discute es otra cosa (por ejemplo, la pertenencia de indígenas a una u otra encomienda). El autor no problematiza las condiciones de producción de estos testimonios ante la justicia que requieren análisis cautelosos; si bien los informantes e intérpretes declaraban hablar -o “entender”- más de una lengua, no siempre es claro el dominio que los españoles tenían de las lenguas que se hablaban en territorios apenas reconocidos o conquistados. En tales contextos de comunicación, la confusión y la dificultad de comprensión puede dar lugar a pragmáticas y convenientes afirmaciones por parte de los españoles. Es llamativo que Canals Frau no hubiera reparado en que la circulación simultánea de lenguas nativas en una misma región eran pistas para pensar contactos, coexistencia e

intercambios entre grupos tal como sería esperable en el modelo difusionista; por el contrario, eligió las conceptualizaciones menos dinámicas de la teoría asumiendo como dada la relación entre etnia, área de dispersión e idioma<sup>12</sup>.

Lo mismo sucede con la onomástica y la toponimia de ambas regiones; en el caso de los capayanes, en el listado de nombres en esa lengua elaborado por Canals Frau en 1944 encontramos que la mayoría de ellos proceden de padrones de fines del siglo XVII de la reducción de Quilmes en Buenos Aires, donde fueron desnaturalizadas familias de acalíes del valle de Yocavil: el autor asume su pertenencia al grupo calián del norte de San Juan (Calingasta) y a estos como parcialidad de los capayanes. Otros, como los relacionados con Cilpitucla (Silpitorle, Cilpioella, etc.) tienen en verdad una amplia dispersión por la jurisdicción riojana e incluso en el valle Calchaquí<sup>13</sup>. La toponimia capayana resulta bastante singular ya que nada parece vincular Capayán con Vinchina, Cocayambis o Mocaibin a pesar de estar estos lugares (nombres de valles o aldeas nativas) registrados en fuentes tempranas en la postulada área nuclear capayán. Aquí las relaciones parecen algo forzadas porque se supone un vínculo con una lengua de la cual el autor nada sabe.

La conceptualización del área capayán presenta otras debilidades; mientras el autor analiza los alcances de la dispersión -que se extiende hasta donde aparece alguna mención toponímica u onomástica filiable a la lengua o la cultura material capayana-, el oeste del área está demarcado por el límite entre territorio argentino y chileno. Esto llama la atención porque Canals Frau tuvo acceso a documentos procedentes del principal archivo histórico trasandino, conoció a los investigadores chilenos de su tiempo (de hecho reseñó algunas de sus publicaciones), y es evidente que no ignoraba las discusiones en torno a la cultura de los diaguitas chilenos<sup>14</sup>. Más aún, reconoce que los huarpes fueron desnaturalizados hacia Chile en tiempos de la colonia temprana pero no infiere el mismo proceso para los grupos de los valles de Capayán-Guandacol que fueron encomendados desde Santiago de Chile tal como sus mismos trabajos muestran<sup>15</sup>. Posiblemente esta “barrera nacional” articulara con su intento de reforzar la difusión del área capayana hacia el sur y el este, justamente donde las salpicadas fuentes documentales registraban toponimia y onomástica asociables a la etnia mientras la arqueología aportaba evidencias sobre la cultura material. De tal modo que si bien el autor discute y analiza la información documental, el procedimiento no se orienta a ponerla a prueba sino más bien a corroborar la premisa de la que parte: la existencia de la etnia capayana. El despliegue argumentativo va construyendo un soporte para esta idea principal -a veces de manera algo forzada- dejando de lado cuestiones importantes a lo largo de los artículos que examinamos.

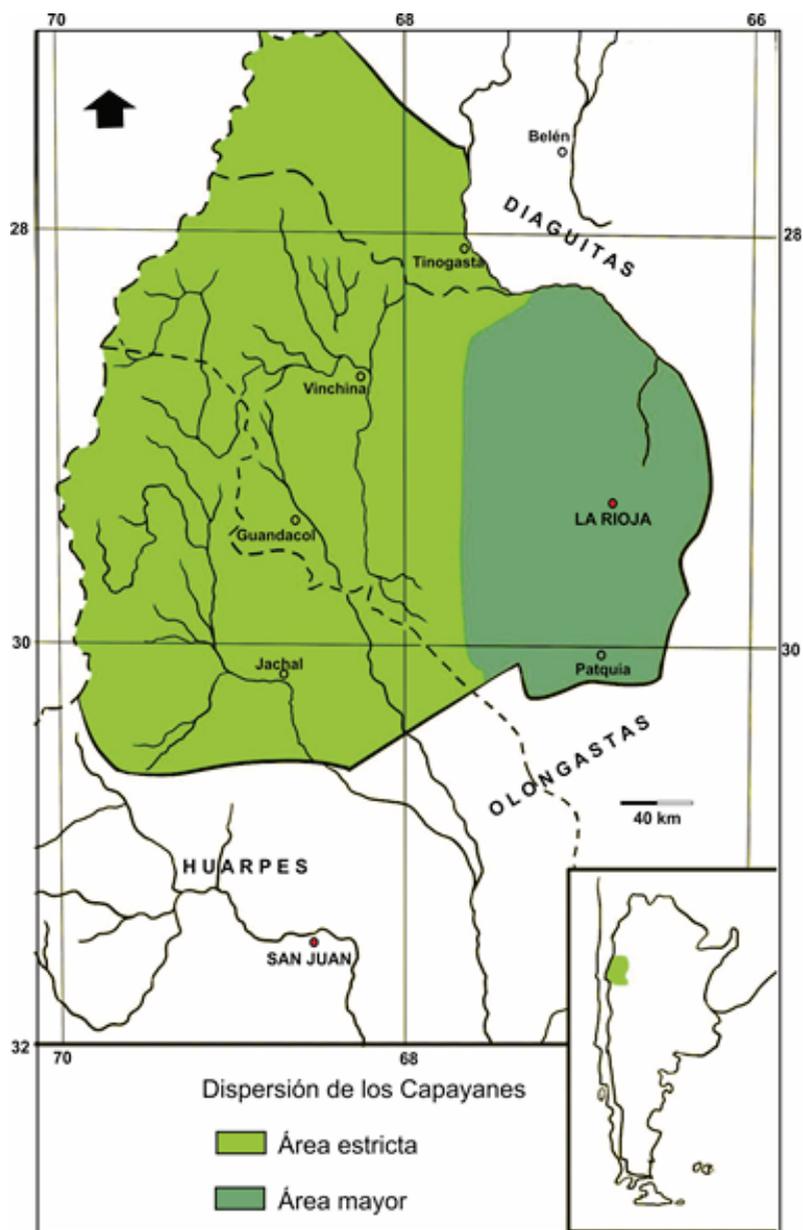


Figura 1: Dispersión y cultura de los capayanes. Modificado de Canals Frau, 1951: 25 por Anales de Arqueología y Etnología. Figura en color en la versión digital.

Por ejemplo, con el fin de reforzar la solidez del “área capayán”, Canals Frau deja de lado incluso sus propias observaciones: aquellas que vinculan al Capayán al que llegara Rojas con el camino del Inca, el capacñan, y al reconocimiento de que la región había estado vinculada “en una o en otra forma” -dirá-, con el imperio Inca (1948 a). Dos cosas llaman la atención a este respecto:

por un lado, que la presencia incaica en la zona no está problematizada en ningún momento y que no constituye una variable de análisis ni de generación de hipótesis para explicar la “dispersión” de la toponimia y onomástica supuestamente en lengua capayana. En sus estudios sobre los huarpes cuyanos, en cambio, registra que varios informantes hablaban quechua debido a su condición de mitimaes, puestos por el estado inca (1944 a: 17). Y por otro lado que, aunque había tomado como interlocutor a Samuel A. Lafone Quevedo para discutir la localización del Capayán de Rojas, no integrara en sus análisis sus tempranas referencias al camino del Inca y a la relación entre capayán y capacñan (Lafone Quevedo, 1919). Se advierte así que el autor estratégicamente selecciona aquellos datos, fuentes y autores que apoyan su argumento principal y deja de lado lo que pudiera cuestionarlo.

Las debilidades aún son más ostensibles en el caso olongasta; las fuentes, aunque tempranas, ofrecen datos de incierta corroboración registrados por sacerdotes de “intérpretes” nativos que solamente aportaron el término “ulungasta” en referencia a una región situada hacia el este de la jurisdicción mendocina, de remota e imprecisa localización, y de una lengua hablada por sus habitantes. Salvo las pocas y discutibles referencias que aporta el autor, no hay nada que permita sostener la existencia de una lengua olongasta. Canals Frau tampoco puede explicar por qué la denominación de la lengua está acompañada por la terminación “gasta”, expresión equivalente a pueblo en lengua kakana (diaguita) y/o tonocoté, según qué autores se citen<sup>16</sup>. Con todo, afirmó la existencia de una lengua y una etnia olongasta, a la que situó en estrecha relación con los grupos huarpecomechingones, bien conocidos por el autor.

Esta tensión entre la insistencia en identificar a una etnia “independiente” de sus vecinos al mismo tiempo que reconoce semejanzas entre ellos expresa la contradicción entre su perspectiva teórica y el desafío que representa dar sentido bajo ese precepto a la información dispersa. La diversidad de la toponimia llanista, bien observada por Canals Frau, también fue notada por Juan Alfonso Carrizo (1942), autor y obra que extrañamente no cita. Carrizo propuso -sobre la base de fuentes, observación y testimonios de vecinos y lugareños- que la región había sido habitada en tiempos prehispánicos por poblaciones de origen diaguita, sanavirón y huarpe, quienes dejaron sus marcas en topónimos asociados a sus respectivas lenguas según zonas geográficas. Así, y a grandes rasgos, en las zonas serranas identificó topónimos finalizados en “an” o “man” (Puluchán, Malanzán, Colosacán, Ichán, etc.) asociados con localizaciones en altura, y otros terminados en “vil” (Ambil, Niquivil, etc.), relacionados con la presencia de agua en sus proximidades, todos en lengua diaguita (kakana). En los faldeos orientales de las sierras de Los Llanos situó a las “parcialidades” sanavironas, las mismas que poblaban el noroeste

de Córdoba -según había afirmado el Padre Lozano- tomando como indicador clave la terminación “acate” (como Nacate). Carrizo notó además semejanzas entre ciertos topónimos localizados en ambas regiones, vecinas entre sí, como Tama y Tasma, Ambil y Ambul, etc. Finalmente, en la zona situada al sur de la sierra occidental ubicó a los huarpes “dada la proximidad con San Luis provincia poblada por estos indios, cuyo dominio se extiende por todo Cuyo según lo da a entender el Padre Cabrera” (Carrizo 1942: 27-29).

Canals Frau discrepaba con el Padre Cabrera con relación a estos temas -si bien le reconocía autoridad- y quizá por eso no capitalizó las observaciones de Carrizo. Notemos además que para este autor la zonificación regional según una adscripción por lengua y grupo nativo expresa la coexistencia de poblaciones de distinto origen en espacios próximos y colindantes, sin plantear la superposición o el mestizaje entre ellas. La noción de “coexistencia” de distintos grupos en los mismos territorios está explícita en la interpretación de Canals Frau respecto del área de dispersión capayana –en la que convivían grupos de habla kakana y capayana, por ejemplo- pero no pudo ser aplicada a los Llanos riojanos por escasez de datos; en cambio, los olongasta fueron erigidos como una entidad diferenciada frente a lo que hasta el momento parecía una “zona de transición o de conjunción de culturas” (Canals Frau, 1950 a: 67).

## COMENTARIOS FINALES

La revisión de los trabajos de Canals Frau nos muestra que el modelo teórico ejerció un fuerte protagonismo como marco de referencia en su agenda de investigación; sus artículos, por lo general de pocas páginas y de desarrollo argumentativo, buscaron corroborar sus premisas básicas examinando estudios de caso y recurriendo a información de diferente procedencia (historia, arqueología, antropología física). Esta constatación no sorprende en la medida en que el difusionismo, la escuela histórico- cultural y las nociones de ciclo cultural -de tradición alemana- o de área cultural- de tradición norteamericana- estaban sólidamente instaladas en el medio académico antropológico en tiempos en que nuestro autor registra el mayor número de publicaciones (Silla, 2014; Soprano 2014). Quizá por eso no encontramos en sus textos apropiaciones teóricas explícitas sino más bien -y al igual que para el caso del término etnia- la puesta en juego de nociones embebidas por la perspectiva histórico-cultural al servicio de discutir el material empírico<sup>17</sup>. Así, el modelo teórico que operó como referencia dominante en la producción del autor fue disciplinando su potencial analítico, lo que se advierte en la búsqueda de adecuación de la información fragmentaria y dispersa de las fuentes escritas con otras variables de análisis de difícil definición,

como es el caso de las lenguas desconocidas de capayanes y olongastas. La persistencia en encontrar articulaciones entre lenguas, pueblos, territorios, “tipos raciales” y cultura material -que por entonces comenzaba a ser reconocida y estudiada- lo impulsó a integrar fuentes de archivo novedosas e inéditas en sus primeros trabajos de finales de la década de 1930 y comienzos de la de 1940, como complemento de las clásicas frecuentemente citadas. Su mirada sobre estos registros de archivo fue interrogativa y atenta a los detalles y es por eso que hoy, a distancia de la perspectiva desde la que fueron interpretados, pueden ser problematizados en otra clave.

Sin embargo, a medida que se afianzaba y ganaba prestigio por sus aportes, la discusión de la información histórica fue cediendo espacio a las reiteradas síntesis de sus logros como “descubridor” de dos etnias o pueblos, centrales para completar el panorama etnológico del país<sup>18</sup>. La elección de esta línea y esta modalidad de trabajo lo llevó a dejar de lado otra, preconizada en 1937, que auguraba el desarrollo de una “etnología histórica” (en sus propios términos), mucho más volcada a la investigación sistemática de los archivos y quizá más desafiante en aquel momento. Tiempo después, su compromiso con el difusionismo replegó su producción bajo la penumbra generada por las críticas a esa mirada historicista que situaba a los indígenas en el pasado lejano, antes de su extinción, durante varias décadas. Posiblemente sea esta la razón por la cual la renovada etnohistoria impulsada por Ana María Lorandi en la década de 1980 desde la Universidad de Buenos Aires (y desde el Instituto de Ciencias Antropológicas y la Revista Runa) apenas si contó a Canals Frau entre sus antecedentes, al reconocerse teórica y metodológicamente filiada con la etnohistoria andina (Boixadós y Bunster, 2016; Lorandi, 2010; Lorandi y Nacuzzi, 2007; Palermo, 1991-1992).

Con todo, es posible resignificar algunos de sus aportes en nuevos contextos problemáticos. Sabemos que las investigaciones arqueológicas han profundizado conocimientos sobre las particularidades de las sociedades del tardío que habitaron los valles del oeste riojano, el noroeste de San Juan y la zona de San Blas, bajo la conocida denominación de “cultura Angualasto-Sanagasta”, y discuten en algunos casos la relación entre estas formas de clasificar la cultura -o un estilo cerámico- y su correspondencia con algún colectivo étnico, capayán o diaguita (Revuelta *et al.*, 2010-2011). Queda aún mucho por debatir y reconsiderar en torno a estas “correspondencias”, con vistas a repensar las vinculaciones, muchas veces naturalizadas, entre las sociedades prehispanicas, las culturas u horizontes y las etiquetas que los españoles emplearon para designarlas bajo contextos de conquista y colonización temprana. Los esfuerzos de nuestro autor por sellar ese vínculo (cultura capayana y capayanes, por caso) deberían prevenirnos para tomar mucho más en cuenta la heterogeneidad de la información, expresiones

complejas de dinámicas históricas en las que diversos grupos entraron en contacto más que como procesos que ineludiblemente tendieron a la diferenciación. En este sentido, la intervención incaica en el oeste riojano, comprobada por distintas investigaciones arqueológicas, suma un elemento más para evaluar un escenario en transformación –traslado de poblaciones, reinstalaciones de mitimaes, coexistencia de hablantes de distintas lenguas, entre otros muchos aspectos- antes de la llegada de los españoles (Bárcena 2017; Callegari, 2004; Callegari y Gonaldi, 2006, 2007; Iniesta *et al.*, 2013; Iniesta y Bárcena, 2014, entre otros), del que las fuentes han dejado pocas evidencias<sup>19</sup>. Dada la escasez de documentación histórica en los acervos riojanos sobre la colonia temprana, el Archivo de Indias y los archivos de Chile se presentan como una alternativa interesante para explorar la producción colonial en torno a estas zonas periféricas a la conquista, tempranamente intervenidas por encomenderos y maloqueros. Es posible que los repositorios chilenos guarden fuentes que, como las comentadas por Canals Frau, nos permitan conocer algo más de los pueblos que las habitaron, en particular pleitos, documentación administrativa y padrones coloniales que, como advirtiera nuestro autor, aportan pistas novedosas sobre las historias de las sociedades indígenas locales.

Con respecto a la región llanista, volver a interrogar los significados de la heterogénea toponimia registrada en las fuentes -bien notada por Canals Frau y otros autores- ha sido clave para reconsiderar las relaciones de intercambio, reciprocidad y complementariedad económica entre los grupos que la habitaban y sus vecinos de las sierras noroccidentales de Córdoba. Fuentes del Archivo Histórico de Córdoba e investigaciones históricas refuerzan la hipótesis de una región de ocupación multiétnica, de fronteras abiertas -antes que considerarla geográficamente aislada- y activamente vinculada con otros grupos (Boixadós y Farberman, 2011; Pastor y Boixadós, 2016). Estudios recientes han abordado las relaciones entre el arte rupestre y la cultura material, extendiendo la mirada a una escala regional más amplia, posiblemente conectada también con la región cuyana (Ocampo y Pastor, 2017; Pastor, 2012; Recalde y Pastor, 2012). La propuesta inicial de Canals Frau acerca de la existencia de un “grupo huarpe-comechingón” adquiere otros sentidos si se consideran las expresiones de relaciones sociales en el largo plazo que se manifestaron en distintos soportes (material, lingüístico) y configuraron una diversidad de intercambios que los españoles poco se preocuparon por desentrañar.

Finalmente, en la obra de Salvador Canals Frau encontramos una constante preocupación por generar conocimientos que interrelacionan historia, arqueología y antropología, tal como esta se entendía entonces. Resulta obvio que nuestro autor no concebía el trabajo interdisciplinario tal como hoy lo hacemos, más bien en sus

textos se aprecia el esfuerzo por sintetizar resultados de uno u otro campo para sostener sus interpretaciones. Sin embargo, desde entonces hasta hoy la arqueología de las sociedades del tardío se ha apoyado en las investigaciones de historiadores colonialistas y etnohistoriadores, así como estos no pueden desconocer los avances que aquéllos producen. Si queremos comprender más y mejor a las sociedades nativas cuyas historias se vieron transmutadas por la dominación española, el diálogo interdisciplinario se vuelve imprescindible. Y aún con las limitaciones que ya hemos señalado, Canals Frau nos ha mostrado que tal sendero merece ser recorrido, si bien ahora los interrogantes se han ampliado y contamos con muchos más elementos para orientar nuevas búsquedas.

## BIBLIOGRAFÍA

Bárcena, J. R.

2017. Los pasos andinos de La Rioja (Argentina): La dominación Inca y el derrotero de Diego de Almagro. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 22 (2): 153-179. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-68942017000200153>

Barth, F., R. Parkin, S. Silverman, A. Gingrich.  
2012. *Una disciplina, cuatro caminos: antropología británica, alemana, francesa y estadounidense*. Prometeo. Buenos Aires.

Boixadós, R. y C. Bunster.

2016. *Disciplinas sin fronteras. Homenaje a Ana María Lorandi*. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires.

Boixadós, R. y J. Farberman.

2011. Percepciones y construcciones coloniales de la indianidad en Los Llanos riojanos (siglos XVII y XVIII). *Revista de Ciencias Sociales* 20: 99-120.

Cabrera, P.

1930. Datos sobre etnografía diaguita. Un documento interesante. *Misceláneas*, Tomo I: 119-145.

Cáceres Freyre, J.

1958-1959. Necrología, Salvador Canals Frau (1893-1958). *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* 21-22 (1): 221-222.

Callegari, A.

2004. Las poblaciones precolombinas que habitaban el sector central del Valle de Vinchina entre el 900/950 y el 1600/1650 d. C. (Departamento General Lamadrid, La Rioja, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIX: 81-110.

Callegari, A. y M. E. Gonaldi.

2006. Análisis comparativo de procesos históricos durante el período de integración regional en valles de la provincia de La Rioja (Argentina). *Chungara* 38 (2): 197-210. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562006000200004>

Callegari, A. y M. E. Gonaldi.

2007. Guandacol. Estructuras arquitectónicas tardías del sudoeste de la provincia de La Rioja. *Arqueología* 14: 173-187.

Canals Frau, S.

1937. Etnología histórica de la Provincia de Mendoza. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 1: 91-106.

Canals Frau, S.

1940 a. La distribución geográfica de los aborígenes del Noroeste argentino en el siglo XVI. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 1: 217-234.

Canals Frau, S.

1940 b. Exégesis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 2: 153-169.

Canals Frau, S.

1941. La lengua de los huarpes de San Juan. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 2: 35-42.

Canals Frau, S.

1942 a. Acotaciones etnológicas a un pleito sobre indios mendocinos del siglo XVI. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 3: 61-81.

- Canals Frau, S.  
1942 b. La cultura de los Huarpes. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 3: 289-322.
- Canals Frau, S.  
1942 c. Las lenguas de los huarpes en Mendoza. *Anales del Instituto de Etnología Americana* 3: 157-188.
- Canals Frau, S.  
1944 a. El grupo huarpe-comechingón. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 5: 9-48.
- Canals Frau, S.  
1944 b. Los indios capayanes. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* 5: 129-158.
- Canals Frau, S.  
1945 a. Una encomienda de indios capayanes. *Anales del Instituto de Etnología Americana* 7: 197-223.
- Canals Frau, S.  
1945 b. Un interesante pleito entre encomenderos mendocinos del siglo XVI. *Anales del Instituto de Etnología Americana* 6: 129-164.
- Canals Frau, S.  
1945 c. Los huarpes y sus doctrinas. Un documento. *Anales del Instituto de Etnología Americana* 6: 71-94.
- Canals Frau, S.  
1946 a. Etnología de los Huarpes. Una síntesis. *Anales del Instituto de Etnología Americana* 7: 9-147.
- Canals Frau, S.  
1946 b. The Huarpe. *Handbook of South American Indians: The Marginal Tribes* 1:169-175.
- Canals Frau, S.  
1950 a. Una visita al antiguo Valle de los Capayanes. *Anales del Instituto Ético Nacional* 3: 13-25.
- Canals Frau, S.  
1950 b. La antigua población de Los Llanos. *Anales del Instituto Ético Nacional* 3: 67-81.
- Canals Frau, S.  
1951. Dispersión y cultura de los Capayanes. *Anales del Instituto Ético Nacional* 4: 23-33.
- Canals Frau, S.  
1956. El pueblo de Capayán y los indios capayanes. *Runa* VII: 29-37.
- Canals Frau, S.  
1958. El P. Machoni y los indios lule y tonocoté. *Miscellanea Paul Rivet* 2: 97-197.
- Carrizo, J. A.  
1942. *Cancionero popular de La Rioja*. Vol. 1. Universidad Nacional de Tucumán.
- De la Vega Díaz, D.  
1994 [1944]. *Toponimia riojana*. Editorial Canguro. La Rioja.
- Escolar, D.  
2007. *Los dones étnicos de la nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*. Prometeo. Buenos Aires.
- González, A. R.  
1985. Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.
- González, C.  
2013. Saberes, Estado y sociedad: la trayectoria del antropólogo Salvador Canals Frau, 1930-1958. *Programa de Estudios Saberes de Estado y Elites Estatales del IDES, Buenos Aires* (ponencia inédita).
- Guber, R.  
2006. Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires. *Avá. Revista de antropología* 8: 1-35.
- Guber, R. y M. Rodríguez.  
2011. Vitrinas del mundo académico: las revistas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1946-1966. *Historiografías* 2: 68-84.
- Iniesta, M. L., J. P. Aguilar y J. R. Bárcena.  
2013. Prospecciones arqueológicas en el valle de Guandacol, Departamento de Felipe Varela, La Rioja. *Anuario de Arqueología* 5: 133-148.  
<http://dx.doi.org/www.cearqueologia.com.ar>
- Iniesta, M. L. y J. R. Bárcena.  
2014. Investigaciones arqueológicas sobre las sociedades tardías del valle de Guandacol (Depto. Felipe Varela, oeste de La Rioja): espacio, estilos tecnológicos, cerámicos y cronología. *Arqueología* 20: 61-82.
- Lazzari, A.  
2002. El "indio argentino" y el discurso de la cultura: del Instituto Ético de la Tradición al Instituto Ético Nacional de Antropología. En Visacovsky, S. y R. Guber (comps.) *Historias y estilos de trabajo de campo en la*

- Argentina: 153-201. Antropofagia. Buenos Aires.
- Lazzari, A.  
2004. Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional (1946-1955). En Neiburg, F. y M. Plotkin (comps.) *Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina*: 203-229. Paidós. Buenos Aires.
- Lafón, C.  
1959. Homenaje Salvador Canals Frau. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* IX (1-2): 405-413.
- Lafone Quevedo, S.  
1919. Londres y Tucumán (fragmento histórico). *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* 6 (7): 3-36.
- Levillier, R.  
1943. *Descubrimiento y población del norte argentino por españoles del Perú: desde la entrada al Tucumán hasta la fundación de Santiago del Estero 1543-1553*. Biblioteca del Congreso Argentino. Buenos Aires.
- Lizondo Borda, M.  
1943. *Descubrimiento del Tucumán. El pasaje de Almagro. La entrada de Rojas. El itinerario de Matienzo*. Universidad Nacional de Tucumán.
- Lorandi, A. M.  
2010. Los estudios andinos y la Etnohistoria en la Universidad de Buenos Aires. *Chungará* 42 (1): 271-281.  
<http://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562010000100035>
- Lorandi, A. M. y L. Nacuzzi.  
2007. Trayectorias de la etnohistoria en la Argentina (1936-2006). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 32:281-298.
- Lozano, P.  
1874. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Imprenta Popular. Buenos Aires.
- Márquez Miranda, F.  
1940. Prólogo. En F. Graebner. *Metodología Etnológica*: VII-LV. Traducción de S. Canals Frau. Universidad Nacional de La Plata.
- Márquez Miranda, F.  
1943. Los textos Millcayac del P. Luis de Valdivia. (Con un vocabulario español Allentiac-Milcayac). *Revista del Museo de la Plata* 2 (12): 61-223.
- Michieli, C.  
1996. *Realidad socioeconómica de los indígenas de San Juan en el siglo XVII*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo. Universidad Nacional de San Juan.
- Ocampo, M. y S. Pastor.  
2017. Circulación de información y repertorios compartidos entre grabados rupestres de Los Llanos riojanos y del nororiente de San Juan (Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Series especiales* 5 (1): 40-50.
- Páez, M. y M. Giovannetti.  
2008. Tipologizando identidades: reflexiones sobre la construcción de identidades étnicas en la Arqueología del NOA. *Avá* 13: 157-172.
- Palermo, M. A.  
1991- 1992. La etnohistoria en la Argentina: antecedentes y estado actual. *Runa* XX: 145-150.
- Pastor, S.  
2012. Arte rupestre, paisaje y tensión social: un caso de estudio en Córdoba, Argentina. *Revista Chilena de Antropología* 26: 7-32.  
10.5354/0719-1472.2013.26553
- Pastor, S. y R. Boixadós.  
2016. Arqueología y etnohistoria: diálogos renovados en torno a las relaciones entre las sociedades de Los Llanos riojanos y de las sierras noroccidentales de Córdoba (períodos prehispánico tardío y colonial temprano). *Diálogo Andino* 49: 311-328.  
<http://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812016000100029>
- Perazzi, P.  
2003. Antropología y Nación: Materiales para una historia profesional de la antropología en Buenos Aires. *Runa* 24 (1): 83-102.
- Perazzi, P.  
2014. Peronismo, pos-peronismo y profesionalización: trayectorias académicas, estrategias de auto-preservación y círculos discipulares en la antropología porteña, 1945-1963. *Sociohistórica* 34.  
<http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar>
- Recalde, A. y S. Pastor.  
2012. Contextos “públicos” y “privados” para la ejecución del arte rupestre en el valle de

Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Latin American Antiquity* 23 (3): 327-345.

Revuelta, C., S. Carosio y J. P. Aguilar.

2010-2011. Formas y representaciones tardías. Aproximaciones a una mirada integral al estilo cerámico Sanagasta-Angualasto. *Anales de Arqueología y Etnología* 65-66: 57-85.

Silla, R.

2014. Sobre un “cambio conservador” en la obra de Marcelo Bórmida. En Guber, R. (ed.) *Antropologías argentinas. Determinaciones, creatividad y disciplinamientos en el estudio nativo de la alteridad*: 129-163. Editorial Al Margen. Buenos Aires.

Soprano, G.

2009. La Antropología física entre la universidad y el Estado. Análisis de un grupo académico universitario y sus relaciones con las

políticas públicas del Instituto Étnico Nacional (1946-1955). *Estudios Sociales* 37: 63-95.

<https://doi.org/10.14409/es.v37i1.2643>

Soprano, G.

2014. Lecturas, interpretaciones y usos de la “escuela histórico-cultural” en la producción arqueológica y etnográfica de Fernando Márquez Miranda. En Guber, R. (ed.) *Antropologías argentinas. Determinaciones, creatividad y disciplinamientos en el estudio nativo de la alteridad*: 87-128. Editorial Al Margen. Buenos Aires.

---

## NOTAS

<sup>1</sup> La lectura de los itinerarios académicos de algunos de sus contemporáneos muestra que aquel medio en formación no era una mera caja de resonancia de la política nacional (Perazzi, 2014; Soprano, 2009).

<sup>2</sup> La construcción de consensos académicos (y de sentido común) acerca de la “extinción huarpe” ha sido analizada críticamente por Escolar (2007).

<sup>3</sup> Bien señala Alberto Rex González que esta generación de arqueólogos basaba sus investigaciones en las fuentes coloniales, lo que no solo condicionaba fuertemente la producción de conocimientos sino que situaba a las comunidades indígenas del NOA y el NEA en un pasado remoto y enfatizaba su discontinuidad histórica con las poblaciones actuales (González, 1985).

<sup>4</sup> Tales son *Prehistoria de América* (1950), *Las poblaciones indígenas de la Argentina* (1953) y *Las civilizaciones prehispánicas en América* (1955).

<sup>5</sup> Es interesante notar que para entonces Canals Frau estaba bien familiarizado con la producción historiográfica colonial (de autores como Jaimes Freyre, Levillier y Lizondo Borda) y con las crónicas y fuentes clásicas, como las Relaciones Geográficas de Indias, y las obras de Nicolás del Techo, Pedro Lozano, Herrera y Cieza de León, entre otros.

<sup>6</sup> Son estos La lengua de los huarpes de San Juan (1941), Acotaciones etnológicas a un pleito sobre indios mendocinos del siglo XVI (1942 a), La cultura de los Huarpes (1942 b), Las lenguas de los huarpes en Mendoza (1942 c), El grupo huarpe-comechingón (1944 a), Un interesante pleito entre encomenderos mendocinos del siglo XVI (1945 b), Los huarpes y sus doctrinas, un documento (1945 c), Etnología de los Huarpes. Una síntesis (1946 a) y The Huarpe (1946 b).

<sup>7</sup> En la década de 1940, autores como Levillier (1943), Lizondo Borda (1943), Carrizo (1943), Canals Frau (1948), de la Vega Díaz (1944), entre otros, se plantearon el “problema capayán” y trataron de dar sentido a fuentes éditas e inéditas de interpretación controversial, discutiendo las propuestas consagradas, como la de Lafone Quevedo (1919).

<sup>8</sup> En el acta de fundación de la ciudad de La Rioja pudo identificar el valle de este nombre en uno de los linderos “... asimismo hacia la ciudad de San Juan de la Frontera señalo otras cuarenta leguas de término, las cuales corren por la cordillera de Chile a la mano dejando dentro de dichos términos los valles de los Capayanes y Galianos hasta el valle de Jague y camino que se lleva al valle de Copiapó...”.

---

<sup>9</sup> Refiere la carta los pueblos “que han hablado para dar la paz en el valle de los Capayanes”, entre los que menciona a Binchina y Cocayambis, además de la existencia de otros pueblos a los que Gaspar Doncel no identificó (Canals Frau, 1944: 5).

<sup>10</sup> Se refiere a la llamada lengua “guayacambis” que hablaban algunos de los nativos que fueron encomendados desde Chile. Pero el autor no sigue esta pista en los siguientes trabajos -posiblemente por no haber localizado más información- sino que se limita a reiterar el dato.

<sup>11</sup> La encomienda pasó en 1593 al capitán Nicolás Carrizo de Garnica, quien recibió otros pueblos en merced; en la cédula se menciona “... el pueblo de Capayangasta y su parcialidad de Tinogasta con el cacique Coizna y con los demás caciques al dicho pueblo y parcialidad anejos y pertenecientes...”. Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba, doc. 3604.

<sup>12</sup> Desde un análisis que comprende la historia de la arqueología del noroeste argentino, Páez y Giovannetti sostienen que, en el modelo histórico-cultural “la identidad étnica aparece como sinónimo directo de la identidad cultural permitiendo fijar una serie de anclajes en las sociedades identificadas a partir de la numeración de rasgos discretos” (Páez y Giovannetti, 2008:159).

<sup>13</sup> Lo mismo puede decirse de los apellidos registrados en el padrón del pueblo de Capayán del valle de Famatina de 1667 -Alive, Salaya, Iquichau y Samallca- muy frecuentes entre diaguitas de habla kakana (Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba, escribanía 2, legajo 2, expediente 9).

<sup>14</sup> En varios artículos sobre Cuyo hay referencias a Latcham y en 1955 Canals Frau reseñó la obra de José Toribio Medina, Los aborígenes de Chile.

<sup>15</sup> Michieli ha señalado que grupos de nación capayana y yacampis, presentes en el valle Fértil (jurisdicción de San Juan) durante el gran alzamiento diaguita, fueron desnaturalizados en las cercanías de la ciudad de San Juan para suplir la falta de mano de obra huarpe. Los mismos eran hablantes de dialectos de la lengua kakana (Michieli, 1996: 24-26).

<sup>16</sup> El autor reconoció estas inconsistencias al afirmar “Y es sin duda una ironía del destino que los españoles fueran a generalizar un nombre para ese pueblo y su lengua que es un derivado de un topónimo con la terminación “gasta” que, si bien bastante corriente en nuestras latitudes, no tan usual entre los mismos *Olongastas*” (Canals Frau, 1950 b: 76).

<sup>17</sup> Cabe notar que en su extenso prólogo a la traducción del libro de Graebner, Márquez Miranda realiza una suerte de análisis crítico sobre cómo adaptar la metodología propuesta por el autor –de carácter general y elaborada a partir de su experiencia europea y de sus investigaciones en museos de Berlín y Colonia- a los contextos americanos y en particular, a las sociedades y culturas indígenas del noroeste argentino que el mismo Márquez Miranda se encontraba investigando. En este prólogo se advierte que el autor utiliza el término “círculos culturales” cuando remite a la obra de Graebner, pero cuando ejemplifica con casos americanos emplea la noción de “área de difusión de la cultura”, al igual que lo hará Canals Frau en sus textos sobre varios pueblos o etnias (Márquez Miranda, 1940: L).

<sup>18</sup> Así lo reconoció en su necrológica Julián Cáceres Freyre: “cabe destacar su fina intuición que lo llevó a diferenciar, dentro del vasto complejo diaguito-calchaquí, a los Capayanes, habitantes del noroeste riojano y norte de la provincia de San Juan, y a los Olongastas, que tenían por hábitat Los Llanos de La Rioja” (Cáceres Freyre, 1958-59: 222).

<sup>19</sup> Por ejemplo, el gobernador don Luis de Quiñones Osorio otorgó varias encomiendas en el oeste riojano; en 1615, la de un pueblo con el sugestivo nombre de Quilmitambos, situado en el valle de los Capayanes, cuyos indios “al presente no dan ningún tributo por estar de guerra” (Archivo General de Indias, Charcas 101 n°12). Ese mismo año otorgó otra encomienda que comprendía varios pueblos en el valle de Capayán, entre ellos el de Vinchinagasta, cuyos caciques eran “Andiola y Don Juan Tinuel Quilica y don Pedro Canpaya”, además del “cacique viejo Pisaya” (Archivo General de Indias, Charcas 101 n°34). Los pueblos de esta encomienda también estaban “de guerra” y la evangelización apenas se iniciaba (algunos caciques tienen nombres cristianos y otros no).